

16054

Nov 2 30 / 71

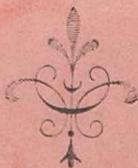
# LAS CARTAS DEL DUENDE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE GUALTERIO MARINO SECO.



VALENCIA

Imprenta de Juan Guix, Almoína, 1.

1871.

L47 - 6394

1875  
58-6

LAZ CARTAS DEL BUEN DIA

COMO LE COMIENZO

EN UN MUNDO TAN VERDADERO

DE BUENAS MARIAS SUAS

VALERIA

Impreso en la Oficina de la Imprenta

1875

147-6794

**LAS CARTAS DEL DUENDE.**

LAS CARTAS DEL DUENDE.

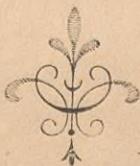
# LAS CARTAS DEL DUENDE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE GUALTERIO MARINO SECO.



VALENCIA.

Imprenta de Juan Guix, Almoína, 1.

—  
1871.

LAS CALLES DEL DUEÑO

BOQUETE Cómico

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE GUILLERMO MARINO BRUGA



VALERÍA

Imprenta de Juan Gil, Algodina, 1

1871

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

**DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,**

DEDICA ESTE JUGUETE y B. L. M.

## PERSONAJES.



CECILIA.

PEPITA.

JUANA.

D. RAMON.

FERNANDO.

La escena en Madrid; sala decentemente amueblada, casa de D. Ramon. Hay un velador en el centro. Puertas al fondo y á los lados.

---

**Es propiedad del autor.**

---

## ACTO UNICO.

### ESCENA I.

CECILIA, JUANA.

- CECILIA. Arregla el cuarto en seguida,  
que no tardará en llegar  
mi amiga Pepita Conde,  
que viene de Ciudad-Real.  
Pon ropa limpia en la cama,  
y no olvides aumentar  
á la comida un principio  
y unas natillas, ó un flan.
- JUANA. Está muy bien, señorita.  
¿Tiene V. mas que mandar?
- CECILIA. Espera, Juana..... (¿Qué haré!  
Esta atroz curiosidad  
va escediendo á mi prudencia.....  
pero Juana, qué sabrá  
de este duende y de estas cartas.....)

JUANA. ¿Quiere V. algo?  
CECILIA. Sí tal....  
(No sé qué hacer; si pregunto,  
voy á dar que murmurar,  
y aumentarán mi disgusto  
mi tío y la vecindad.)  
JUANA. ¿No me dice V. qué quiere?  
CECILIA. (Callaré. El tiempo dirá.)  
No; ya he pensado otra cosa.  
Puedes marcharte á arreglar  
lo que te he dicho.  
JUANA. (Infeliz:  
mueres de curiosidad;  
mas no he de ser quien te explique  
el motivo de tu afán.)  
CECILIA. Haz bien todo, que sino  
mi tío te reñirá;  
ya sabes que siempre tiene  
un humor de Barrabás.  
JUANA. Ya, ya, y desde que murió  
aquel amigo D. Juan,  
vamos de mal á peor.  
Qué caprichoso y fatal  
está siempre, á cada paso  
cambia el modo de pensar;  
apenas dice una cosa  
y al punto se vuelve atrás.

## ESCENA II.

CECILIA, JUANA D. RAMON.

D. RAMON. (*En disposicion de salir á la calle.*)  
Pues señor, en esta casa  
no se hace mas que charlar:  
de castaño oscuro pasa:  
esto tiene que acabar.  
Esta mañana ¡oh placer!  
vine el almuerzo buscando,  
y el almuerzo, sin hacer,  
pero vosotras, hablando.  
Todo, de mi cuarto dentro,  
está revuelto, es corriente,  
vengo al punto y os encuentro  
hablando tranquilamente.  
Se abandonan los quehaceres,  
los barridos y las cuentas,  
¿por qué? porque las mujeres

- en charlando estais contentas.  
Pasan el dia, y la noche,  
y otra noche, y otro dia,  
siempre hablando á troche y moche,  
que es vuestra dulce mania.
- CECILIA. Como por mi mala estrella  
vivo aislada como un preso,  
hablo, pues, con la doncella,  
lo cual no es un grave esceso.  
Y si V., siguiendo el curso  
de esa furia que me humilla,  
me arrebató ese recurso,  
hablaré con una silla.
- D. RAMON. Y el desarreglo en que está  
mi cuarto y toda la casa.
- CECILIA. V. la culpa tendrá.
- D. RAMON. Sobrina, V. se propasa.
- JUANA. Ya ve usted, á su cuarto fui  
con la escoba esta mañana,  
y gritó: ¡vete de aquí,  
ó te rompo el alma, Juana!  
Pues lo contrario te mando;  
si no quieres un disgusto,  
barre mi cuarto volando.
- (*Juana se retira con malos modos.*)  
¡Y fuera ese ceño adusto!  
CECILIA. (Ap.) Las mismas contradicciones  
tenemos á cada instante;  
siempre los mismos sermones,  
siempre el tono amenazante.
- (*Juana con un plumero en la mano atraviesa la escena en direccion al cuarto de D. RAMON. Este la detiene diciéndola con tono cariñoso los siguientes versos.*)
- D. RAMON. Juanita, no barras ya,  
temo que manches alguno  
de mis papeles.
- JUANA. (Ap. retirándose.) ¡Habrás  
vejete mas importuno?

### ESCENA III.

CECILIA, D. RAMON.

- CECILIA. Pero, señor D. Ramon,  
quién obedece con fruto  
á quien cambia de opinion  
treinta veces por minuto.
- D. RAMON. Es la verdad, lo confieso,  
cuando murió el pobre Juan,

- con la pena perdi el seso;  
¡así vivo en este afán!  
Sensibilidad tan fina  
para el ya difunto amigo,  
mientras que á mi, á su sobrina,  
me trata como á enemigo.
- D. RAMON. Te equivocas. Yo te quiero,  
y á pesar de algun deslíz,  
hacerte muy pronto espero  
completamente feliz.
- CECILIA. Hace un año que el convento  
dejé por venir aquí,  
y apenas pasa un momento  
sin llorar, ¡pobre de mí!  
Otras chicas al paseo  
acuden, van elegantes,  
se divierten, segun creo!  
y aun tienen novios galantes,  
mientras yo.....
- D. RAMON. Te lo prometo:  
serás feliz.
- CECILIA. ¡Cómo! ¡Cuándo!
- D. RAMON. Cecilia, ese es un secreto  
que ya sabrás en llegando  
la ocasion.
- CECILIA. Pero ¿por qué  
no ha de ser hoy? Es extraño.
- D. RAMON. Porque no adquieras la fé  
y sufras un desengaño.
- CECILIA. Luego no hay seguridad.....
- D. RAMON. Sí, pero si hubiera un dia  
alguna contrariedad,  
penoso aguardar sería.
- CECILIA. Pues qué, ¿con misterio tal  
mi paciencia no se apura?  
¡y viviendo por mi mal  
en tan estrecha clausura!
- D. RAMON. Nunca se debe á una niña  
dejar libertad entera.
- CECILIA. ¿Por qué?
- D. RAMON. Porque se encariña  
al punto con un cualquiera.
- CECILIA. Permita V. que me asombre:  
pues qué, ¿es alguna maldad  
por ventura amar á un hombre?
- D. RAMON. ¿Qué manda la caridad?  
No es maldad, si al marido  
que elige el padre..... el tutor.....
- CECILIA. ¡Ni cuándo es al sér querido  
que supo inspirar amor!

- D. RAMON. (*Ap.*) Bueno fuera que un azar  
mis planes desbaratase,  
y que esta loca de atar  
de alguno se enamorese.  
(*Alto.*) Ya basta de discusion,  
y tú sigue mis consejos,  
porque siempre en la razon  
sabemos estar los viejos.  
Cuando esto sea oportuno,  
yo te buscaré un esposo,  
y espero encontrar alguno  
bueno, honrado y laborioso.
- CECILIA. Pero, á mi modo de ver,  
con eso no habrá bastante.
- D. RAMON. ¿Qué mas quieres?
- CECILIA. Debe ser  
enamorado y galante.
- D. RAMON. El amor dura ocho dias  
y acaban en un momento  
todas las galanterias.
- CECILIA. Y debe tener talento.
- D. RAMON. Pero, niña.....
- CECILIA. Y ser hermoso.
- D. RAMON. ¡Cómo....!
- CECILIA. ¿Seré yo mujer  
de un megaterio ó de un oso?  
¡Vaya! Tendria que ver.
- D. RAMON. Te buscaré, es mi promesa,  
uno que te ha de gustar;  
pero antes, pues te interesa,  
un negocio he de acabar.
- CECILIA. ¿Y ese negocio....?
- D. RAMON. Paciencia.  
Voy á activarlo.
- CECILIA. Y ahora,  
¿no me dará V. licencia  
para salir?
- D. RAMON. No señora. (*Sale por el fondo.*)

#### ESCENA IV.

CECILIA.

(*Se sienta al lado del velador y saca del bolsillo un paquete de cartas.*)

CECILIA. ¡Gracias á Dios que te marchas  
y que me dejas en paz!

Al menos tendré la dicha  
de leer una vez mas  
estas cartas, que me tienen  
loca de tanto pensar.  
No puedo hacer que se aparte  
de mi esta idea tenaz  
por mas que quiero olvidarla,  
y tampoco puedo hallar  
solucion é este problema  
extraordinario. Quizá  
mi amiga Pepa adivine.....  
No; imposible; ¿qué mortal  
hechos tan extraños puede  
lógicamente esplicar?  
¡Qué amor, qué ternura exhalan  
estas cartas! pero ¡ay!  
siempre ignoraré qué mano  
pudo sus hojas llenar.

### ESCENA V.

CECILIA, PEPITA *en traje de camino.*

PEPITA. ¡Cecilia!  
CECILIA. *(Deja las cartas sobre el velador, se levanta  
y abraza á Pepita.)* ¡Pepita!  
PEPITA. Al cabo  
satisfago mi deseo  
de abrazarte.  
CECILIA. Apenas creo  
mi dicha.  
PEPITA. Cecilia, alabo  
tu calma: pasas dos meses  
sin escribirme.  
CECILIA. Perdona.....  
PEPITA. Tú atiendes, y esto lo abona, *(Señala las  
cartas.)*  
CECILIA. Te hablaré de eso despues.  
PEPITA. ¿Son cartas de algun..... amigo?  
CECILIA. Antes, di: ¿cuento contigo  
para mucho tiempo?  
PEPITA. Un mes.  
CECILIA. ¿Y tu marido?  
PEPITA. Ha marchado  
en derechura á Toledo.  
CECILIA. Y tú.....  
PEPITA. Contigo me quedo  
hasta que vuelva. ¡Aceptado

- CECILIA. Con todo mi corazon.  
Tú sabes cuán aburrida  
siempre he pasado la vida,  
y cuán grata distraccion  
será para mi tenerte  
á mi lado.
- PEPITA. Yo lo creo:  
vivir con un tutor feo  
y celoso es cosa fuerte.  
Pero se habrá vuelto humano.
- CECILIA. ¿El? No lo creas.
- PEPITA. Pues qué,  
estas cartas.... *(Las hojea, fijándose en una  
que lee mientras habla.)*
- CECILIA. Ni él las vé,  
ni yo conozco la mano  
que las escribe.
- PEPITA. *(Riéndose.)* ¡Oh dolor!
- CECILIA. No rias. Es un problema,  
un logogrifo.
- PEPITA. Un sistema  
nuevo de hacer el amor.  
Es gracioso.
- CECILIA. No; es muy sério,  
extraordinario.
- PEPITA. Cecilia,  
fácilmente se concilia  
todo: esplicame el misterio.
- CECILIA. Si no tiene esplicacion.
- PEPITA. ¿No sabes de quién recibes  
estas cartas?
- CECILIA. No.
- PEPITA. ¿Y escribes  
dándolas contestacion?  
Al menos lo leo así  
en la que tengo á la vista.
- CECILIA. Pero, señor,... ¡Dios me asista!
- PEPITA. Mira lo que dice aquí.  
*(Lee.)* «Tras tanto duelo y vigilia,  
»hoy para mi la bonanza  
»empieza con la esperanza  
»de que V. me ame, Cecilia.  
»La carta de V., que exhala  
»involuntaria ternura,  
»ya de mi dicha futura  
»la primer hora señala.»  
*(Declama.)* Ya ves, el chico se explica,  
porque tú te has explicado.
- CECILIA. Mas lo que yo he contestado  
poco ó nada significa.

PEPITA. Ea, mujer, sin temor,  
cuéntame lo que te pasa.

CECILLA. Mira, Pepa, en esta casa  
hay un duende seductor,  
un ánima que se cuela  
á través de las paredes,  
que me sujeta en sus redes  
y que en torno mio vela.  
Ese duende se instaló  
en mi cuarto el primer día,  
y yo espulsarle quieria,  
pero de mí se burló.  
Desque empezó esta querella,  
que ya la calma me roba,  
siempre que entraba en mi alcoba,  
del duende hallaba la huella.  
Otras veces no salia  
de mi cuarto, y él allí,  
si un instante me dormí  
mis papeles revolvia.  
En diabluras poco esperta,  
quise el fantasma evitar,  
mas de nada sirvió echar  
llave y cerrojo á la puerta.  
Como un duende con holgura  
entra por cualquier resquicio,  
de la puerta tapé el quicio  
y el ojo á la cerradura.  
Mas no era duende y sí diablo,  
pues burló mi obstinacion:  
yo entre susto y devocion  
recé al apóstol San Pablo.  
Y como el diablo se evita  
de una manera cristiana,  
llené la puerta y ventana  
de cruces y agua bendita.  
Inútil al par que buena  
tal precaucion, yo me dije:  
el fantasma que me aflige  
debe ser un alma en pena.  
Y entonces al oratorio  
acudia, cosa clara,  
y daba limosnas para  
las almas del purgatorio.  
En lucha tan sostenida  
mi tenacidad alabo;  
mas no hubo remedio, al cabo  
me hallé cansada y vencida.  
Yo jamás sentí rumor  
de cadenas ni de quejas.

aunque en todas las consejas  
de duendes, es de rigor;  
pero ¡de mí no se aparta  
este tenaz pensamiento!  
cada día en mi aposento  
hallo sin falta una carta  
llena siempre de poesia,  
y de ternura, y de amor,  
que, aunque me causa terror,  
se graba en el alma mía;  
y de hallarla tal costumbre  
he conseguido tomar,  
que, si llegase á faltar,  
tuviera gran pesadumbre.  
De mi calma en beneficio  
aconséjame, Pepita,  
pues ya el sueño se me quita  
y siento que pierdo el juicio.  
Aunque el corazón me partas  
con un desengaño sério,  
Pepa, espícame el misterio  
que se encierra en estas cartas.

PEPITA.     ¿Yo? Mas, di: ¿cómo se entiende  
que puedas hacer llegar,  
de tu ignorancia á pesar,  
tus respuestas á ese duende?

CECILIA.    En un raptó de delirio  
así escribí en un papel:  
«duende, espíritu cruel,  
que gozas en mi martirio:  
di: ¿qué es lo que de mí exiges?  
¿por qué perseguirme así?  
¿por qué, di, por qué ¡ay de mí!  
me martirizas y afliges?  
La cabeza se me exalta  
y su juicio no recobra;  
la curiosidad me sobra  
y la paciencia me falta;  
no duermo; vivo intranquila,  
me aterra el amor de un duende;  
mas su amor mi pecho enciende,  
y mi pobre fé vacila.  
Si eres demonio, ¿de qué  
proceden tales ternuras?  
Si eres ángel, por qué apuras  
con tus misterios mi fé?»  
Esta carta sin cerrar  
en mi mesa se quedó,  
de allí desapareció.

PEPITA. y esa encontré en su lugar. (*Señala la leída*  
Dime, esas cartas, ¿en dónde *por Pepu.*)  
las deja el duende?

CECILIA. Tiradas  
en el suelo, en las almohadas  
otras veces las esconde,  
en la mesa, en una silla,  
no tiene lugar seguro  
para dejarlas.

PEPITA. Tu apuro  
en verdad me maravilla.

CECILIA. (*Levantándose impetuosamente y haciendo  
levantar á Pepita.*)  
Para que el prodigio veas  
por tí misma, ven conmigo  
á mi cuarto y verás.

PEPITA. ¡Digo!  
Tú, querida, me mareas  
con tu impaciencia.

CECILIA. A fé mia,  
tanto misterio me altera;  
si á ese duende conociera,  
de fijo le arañaría. (*Salen por una puerta  
lateral que se supone conducir al cuar-  
to de Cecilia. Esta, antes de salir, reco-  
je el paquete de cartas.*)

## ESCENA VI.

D. RAMON, JUANA *entrando por el fondo.*

D. RAMON. ¿Y la señorita?

JUANA. Está  
con doña Josefa ahí dentro.... (*Mirando  
desde la puerta.*)  
digo, estaba. Habrán entrado  
en su cuarto.

D. RAMON. ¿Y el correo,  
ha llegado?

JUANA. No señor,  
aun no ha pasado el cartero.  
No tardará.

D. RAMON. En cuanto llegue  
me avisas á escape.

JUANA. Bueno,  
señor.

D. RAMON. ¿No ha venido nadie?

JUANA. Sí señor: el carbonero,  
y además el aguador.  
D. RAMON. ¡Torpe! Yo no digo eso:  
á ver á la señorita.....  
ó á mi.  
JUANA. No señor. (Qué viejo  
mas estúpido y celoso.  
Pero te sirven tus celos  
de poco.)  
D. RAMON. ¿Qué dices?  
JUANA. Digo.....  
que la comida.....  
D. RAMON. La quiero  
á las tres. Véte.  
JUANA. (*Retirándose.*) (Ojalá  
te se convierta en veneno.)  
D. RAMON. Ven acá.  
JUANA. (*Volviéndose.*) (Pues, la de siempre.)  
D. RAMON. Cuenta con un traje nuevo  
si recibo cierta carta.  
JUANA. ¡Qué generoso! ¡qué espléndido!  
Señor, un millon de gracias  
y.....  
D. RAMON. Bien, bien. Máchate presto.  
JUANA. (Algo grave pasará  
cuando el amo está contento.) (*Váse por el  
fondo.*)

### ESCENA VII.

D. RAMON.

Gracias á Dios, mis negocios  
cada vez se van poniendo  
en mejor estado. Hoy mismo  
he de ver el fin del pleito.  
Con esto, y con que Cecilia  
se case con algun deudo  
de mi pobre amigo Juan,  
se realizan mis deseos.  
Cuando mi amigo vivia  
era uno de sus proyectos  
esta boda, que ha de hacerse  
aunque se oponga el infierno.  
¡Si vendrá esa carta! (*Mira el reloj.*)

**ESCENA VIII.**

CECILIA, PEPITA, D. RAMON.

*(Las dos primeras, sin ver á D. Ramon ni ser vistas de él, dicen los primeros versos en el umbral de la puerta por donde salieron. Cecilia trae una carta en la mano.)*

PEPITA. El caso  
es extraordinario.

CECILIA. ¿Luego  
te convences del prodigio?  
¡Con la llave echada!

PEPITA. Es cierto.

CECILIA. ¡Ay! Mi tío. *(Oculta la carta.)*

PEPITA. Tu tutor.

CECILIA. ¡Qué cara de hereje!  
Entremos.

PEPITA. ¿D. Ramon?

D. RAMON. ¿Usted aquí?

PEPITA. Aquí estoy. ¿V. tan bueno?

D. RAMON. Yo muy bien. ¿Y V?

PEPITA. Bien, gracias.

D. RAMON. ¿Su esposo....?

PEPITA. Bueno, en Toledo.

D. RAMON. ¿Segun su carta estará  
usted un mes por lo menos  
en Madrid?

PEPITA. Sí.

D. RAMON. Dejo á Vds.  
que hablen. Cecilia, te advierto  
que aguardo con impaciencia  
la llegada del correo;  
si tengo carta, en seguida  
á mi despacho.

CECILIA. Bien.

D. RAMON. Luego,  
si recibo una noticia  
que aguardo en este momento,  
te hablaré por vez primera  
del marido que te tengo  
preparado, y de un negocio  
que te atañe.

CECILIA. ¡Dios eterno!

D. RAMON. ¿Qué dice V?  
Lo que oyes.

- CECILIA. ¡Qué desgracia, santo cielo!  
Me tiene usted encerrada,  
no me deja ir á paseo,  
me regaña á cada instante,  
me esclaviza con su genio,  
y por fin, sin consultarme  
quiere casarme.....
- D. RAMON. ¡Silencio!  
Ante todo hay que cumplir  
la voluntad de los muertos,  
y la mia, aunque estoy vivo.  
Te casarás, lo prometo.....
- CECILIA. Yo nunca.....
- D. RAMON. ¡Con un sobrino  
de Juan Cortés! (*Se retira á su despacho.*)
- CECILIA. Lo veremos.

### ESCENA IX.

CECILIA, PEPITA.

- CECILIA. ¡Déspota, cruel, tirano,  
resistirte mas no puedo!  
¡Qué Cortés, ni qué ocho cuartos!  
¡yo solo á mi duende quiero!  
No te apures por Cortés.
- PEPITA. Cómo nó, ¡si es mi tormento!
- CECILIA. Trato mucho á esa familia  
y evitaré el contratiempo.
- PEPITA. Mal conoces á mi tío.
- CECILIA. ¡Psé! Chochea porque es viejo,  
pero lograrás vencerle  
con engaños y con ruegos.  
Yo te auxiliaré en la empresa.
- PEPITA. Pues nada conseguiremos,  
porque soy muy desgraciada.  
Serás desgraciada, pero  
todo se remedia. Empieza  
por dejar tu sentimiento  
á un lado. ¡Y la carta?
- CECILIA. Ahora  
la abriré: mientras la leo,  
voy á cerrar estas puertas,  
no haya oídos indiscretos.  
(*Ejecuta lo que dice y se sientan.*)
- PEPITA. ¿A ver? Trae, que rompa el sobre.

- CECILIA. Rómpelo y lee. (*Dá la carta á Pepa, que*  
PEPITA. Comienzo: *la abre.*)  
(*Lee.*) «Amada Cecilia: hoy mismo,  
»con permiso de V., pienso  
»hallar un medio sencillo  
»de acabar con el misterio  
»que me encubre.»
- CECILIA. ¡Qué alegría!  
PEPITA. Ten calma, mujer. (*Lee.*) «Muy presto  
»el diablo, trocado en hombre,  
»la ofrecerá sus respetos.»
- CECILIA. ¡Pepita! ¿ves qué desgracia?  
PEPITA. ¿Por qué, mujer?  
CECILIA. Esto es bueno.  
¡Y me preguntas por qué!  
PEPITA. Lo pregunto, ¿y qué tenemos  
con eso?
- CECILIA. ¡Pero no ves  
que va á llevarme al infierno?  
PEPITA. ¡Já, já, já! (*Rie.*)  
CECILIA. Pues está claro:  
es un diablo y toma cuerpo  
para seducirme, ¡ay, Dios!  
y llevarse mi alma luego.  
¡Qué desdicha!
- PEPITA. Calla, necia.  
CECILIA. ¡Que calle!  
PEPITA. Claro.  
CECILIA. No quiero.  
PEPITA. (La va á dar si me descuido  
algun ataque de nervios.)  
¿Pero no ves que ese duende  
no es mas que un hombre?
- CECILIA. No es cierto;  
nó.
- PEPITA. Pero hombre que, sin duda,  
no carece de talento,  
y ha sabido, no sé cómo,  
que eres curiosa en extremo,  
ó no lo sabe y le basta  
conocer el bello sexo,  
y de algun modo (sencillo  
aunque no lo adivinemos)  
hace llegar á tus manos  
cartas en prosa y en verso,  
y burla la vigilancia  
de tu tío, al mismo tiempo  
que gana tu corazon  
rodeándose de misterio.

- CECILIA. Pues, mira, Pepa, quizá  
tengas razon.
- PEPITA. ¿Si la tengo?  
No hay mas que verte, estás loca  
y tu duende es tu tormento.
- CECILIA. ¡Ahora le odio!
- PEPITA. ¿De veras?  
Calla, que sigo leyendo:  
»yo ya sé que su tutor  
»es un terrible cerbero,  
»mas para burlarle habrá  
»seguramente algun medio.  
»Si V., Cecilia del alma,  
»al duende no tiene miedo,  
»con permiso de su tío,  
»ó sin él, nos casaremos.»  
¡Qué gusto!
- CECILIA. ¿Pues no le odiabas?
- PEPITA. Sí, le odiaba y le odio; pero....  
ya ves, si el pobre me quiere,  
y á mas de quererme, es bueno.....
- CECILIA. Si.... la compasion.... ya estoy.....  
Continúo: «solo temo  
»que la ilusion se evapore  
»al penetrar el misterio,  
»y al conocerme V. mas,  
»que pueda quererme menos.....»
- PEPITA. ¡Ay, Pepita! Si tendrá  
la desgracia de ser feo.
- CECILIA. «Y V. me rechace entonces,  
»y destruyendo mis sueños  
»me obligue usted á descender  
»desde el cielo hasta el infierno.  
»Y á fé que lo sentiria,  
»porque ya tengo deseos,  
»y aun diré mas, esperanzas  
»de ser un esposo tierno;  
»de que mi mujer me cuide  
»con solicitud y esmero,  
»y me haga graciosos mimos  
»cuando yo tenga mal gesto;  
»de que me alegren el alma  
»con sus infantiles juegos  
»mis hijos, y llegue un dia  
»en que me mire en mis nietos  
»y.... basta, que de estas cosas  
»mas adelante hablaremos.»
- CECILIA. ¡Ay, qué bien! Si me parece  
que á los niños estoy viendo  
que le tiran del bigote

hasta enfadarle, y que luego  
tambien se enfada conmigo  
si está mal planchado el cuello,  
y al fin acaba el enfado  
dando á los niños mil besos,  
y llevándome del brazo  
al teatro ó á paseo.

Dime tú, que eres casada,  
¿es verdad que esto es muy bello?

PEPITA.

Ya lo verás por ti misma.

CECILIA.

Se conoce que es tan bueno  
este duende, y tan amable....  
sin conocerle le quiero.

Yo comprendo que este amor  
es absurdo y es quimérico;  
pero á una verdad impia  
prefiero mis dulces sueños.

### ESCENA X.

CECILIA, PEPITA, JUANA.

JUANA.

Señorita.

CECILIA.

¿Qué te ocurre?

JUANA.

Un jóven de buen aspecto  
pregunta por los señores.

CECILIA.

Que pase al despacho.

JUANA.

Creo

venga de visita y no  
á negocios.

CECILIA.

Será cierto;

pero mi tío no gusta  
de visitas.

PEPITA.

(*Ap. á Cecilia.*) ¡Qué cerbero  
te guarda....! Manda que pase  
ese jóven.

CECILIA.

(*A Pepita.*) (No me atrevo.)

PEPITA.

(*A Cecilia.*) (Anda, mujer, yo respondo  
de todo. Nos distraeremos.

Es preciso que acostumbres  
á tu tío á no ser necio.

(*Que pase.*)

CECILIA.

(*A Pepita*) (Bueno.) (*Alto á Juana.*) Que pase  
y avisa al tío.

JUANA.

Al momento. (*Váse.*)

**ESCENA XI.**

CECILIA, PEPITA.

PEPITA. (*Devolviendo á Cecilia la carta.*)  
Guárdate ahora la carta

CECILIA. y luego continuaremos.  
Voy á tener un disgusto  
con mi tío.

PEPITA. Pues lo siento.  
¿Y por qué?

CECILIA. Por la visita.

PEPITA. Pues entonces lo celebro.

**ESCENA XII.**

CECILIA, PEPITA, JUANA, FERNANDO *de riguroso luto.*

(*Los dos últimos hablan en el umbral de la puerta del fondo.*)

FERNANDO. (Guárdate bien de avisar  
al tío.)

JUANA. (Me comprometo.  
Me va á despedir.)

FERNANDO. (Si avisas,  
para hablar no tendré tiempo,  
y no hay nada de lo dicho.) (*Sonando el  
bolsillo.*)

JUANA. (¡Ay! señorito....)

FERNANDO. (Silencio.) (*Fernando  
entra, Juana se retira.*)

**ESCENA XIII.**

CECILIA, PEPITA, FERNANDO.

FERNANDO. Saludo á Vds., señoras.

CECILIA. Bien venido, caballero.

FERNANDO. (¡Qué hermosa!) (*A Cecilia.*)

CECILIA. (*A Fernando.*) (Qué lisonjero.)

FERNANDO. (¡Ah! Qué felices las horas

de la vida pasarán  
cerca de esta criatura)

- CECILIA. (*Ap. á Pepita.*) Cuán gallarda es su figura.  
PEPITA. (*Id. á Cecilia.*) Sí, es buen mozo.  
CECILIA. (*Id. á Pepita.*) Y es galán.  
PEPITA. (*Alto.*) Yo conozco á este señor.  
FERNANDO. Dice V. bien, su marido  
es mi amigo mas querido.  
CECILIA. ¿Y á qué es debido el honor  
de esta visita?  
FERNANDO. Señora,  
mi dicha debo á desgracias.  
CECILIA. Tome usted asiento.  
FERNANDO. (*Se sienta.*) Gracias.  
PEPITA. Es D. Fernando de Mora,  
muy amigo de mi esposo:  
te lo presento.  
FERNANDO. (*Es fortuna  
auxiliar tan oportuna  
encontrar.*)  
PEPITA. (*Con tono zumbon á Fernando.*)  
¿Volvió el reposo  
á ese corazón esclavo?  
FERNANDO. Yo no la comprendo á usted.  
PEPITA. ¿Con que no?  
FERNANDO. Pues ya se vé.  
PEPITA. Pronto olvida V.  
FERNANDO. ¿Yo?  
PEPITA. ¡Bravo!  
FERNANDO. Poco hace, de la que adora  
hablaba usted á mi marido,  
y hoy la relega al olvido.  
CECILIA. No la olvido, no, señora.  
¿A qué desgracia aludia  
usted antes, al hablar  
de esta visita?  
FERNANDO. A tratar  
voy lo que aquí me traía.  
Hay un motivo ostensible  
de esta visita primera,  
mas la causa verdadera  
es un amor..... indecible.  
Tuve un tío en Almería,  
D. Juan Bautista Cortés.....  
CECILIA. Le conocí.  
FERNANDO. Que hace un mes  
murióse de pulmonía.  
CECILIA. No tuvo amigo mejor  
mi buen tío que el de usted,  
tal muerte desgracia fué  
que le causó gran dolor.

- FERNANDO Lo sabia, señorita,  
y yo, bajo este supuesto,  
pude encontrar el pretesto  
para hacer esta visita.  
No comprendo.....
- CECILIA.  
FERNANDO. Pues me esplico.  
Tengo un primo (que lo es  
por parte de los Cortés),  
lo que se llama un buen chico,  
al cual mi tio ignorante  
de las señas de esta casa,  
envió una carta que pasa  
por secreta é importante.  
Poco antes de fallecer  
tal carta le remitió,  
y muy mucho le encargó  
que la viniera á traer.  
Yo lo supe, y al arrimo  
de mi caro primo fui,  
hasta que ayer conseguí  
un gran favor de mi primo,  
que en su nombre portador  
me hizo de la carta aquella.  
Vea V., Cecilia bella,  
cuán inmenso fué el favor.  
Tal favor aun no comprendo  
de qué le pudo servir.
- CECILIA.  
FERNANDO. Aun no he llegado á decir,  
señora, lo que pretendo.  
Como sé que D. Ramon  
tiene un carácter..... severo,  
para alcanzar lo que quiero  
busqué recomendacion.  
¿Y V. qué quiere?
- CECILIA.  
FERNANDO. Quisiera  
realizar una esperanza,  
un porvenir de bonanza,  
una idea lisonjera.  
Existe un sér que atesora  
la virtud y la belleza,  
la gracia y la gentileza,  
y á quien mi espíritu adora.  
Ya, y ese sér es mi tio.  
Es V., Cecilia mia.
- CECILIA.  
FERNANDO. Fernando, V. desvaria.  
Cecilia, no desvario.  
Yo aspiro á la mano hermosa  
de una gentil criatura:  
¿Qué hay en esto de locura?  
Pues la pregunta es graciosa.
- CECILIA.

- FERNANDO. ¿Y esa á quien adora usted,  
de quien Pepita le habló?  
Pepita, lo espero yo,  
va á hacerme una gran merced.  
A su marido, á mi amigo,  
le escribi, es cierto, hace poco,  
hablando de V., yo invoco  
tan hechicera testigo. (*Señalando á Pepita.*)
- PEPITA. Contesto con brevedad  
lo que el corazon me inspira,  
lo de hechicera es mentira;  
lo de la carta, verdad.
- FERNANDO. Y esa carta, ¿de qué hablaba?
- PEPITA. Recuerdo que referia  
que en la iglesia te veia (*A Cecilia.*)  
oculto y que te adoraba
- CECILIA. (*Ap. á Pepa.*) Pues nada me has dicho de eso.
- PEPITA. (*Id. á Cecilia.*) Como estabas preocupada  
con el duende.....
- FERNANDO. ¿Está probada  
mi inocencia?
- PEPITA. Con esceso.
- FERNANDO. V. mi dicha asegura,  
puesto que me reconcilia  
con mi adorada Cecilia.....
- CECILIA. Pero ese amor..... es locura.
- FERNANDO. Si usted el amor califica  
de locura ó sinrazon,  
no comprende esa pasion  
que se siente y no se explica.  
Ella el espíritu llena  
con su esquisito perfume,  
y á quien vencerla presume  
mas le rinde y le enagena.  
Ella inspira á los cantores;  
ella, á los héroes tambien;  
ella convierte en edén  
esta mansion de dolores.  
Si V. busca esa alegría,  
esa dicha dulce y pura,  
que ambicionando ventura  
se finge la fantasia,  
no la busque en los paseos,  
donde hoy la mujer se afana  
por un traje que mañana  
no bastará á sus deseos;  
no en los dorados salones  
de un alcázar suntuoso,  
donde roban el reposo  
las intrigas y ambiciones.

Mas siga V., niña amable,  
con su pensamiento al mio  
y encontrará, yo lo fio,  
aquella dicha inefable.  
Suponga usted un pensil  
en donde ostentan las flores  
su fragancia, sus colores  
y su belleza gentil.

Mas allá de los linderos,  
un panorama estendido,  
al cual prestan colorido  
del sol los rayos primeros  
Aqui el llano y allí el monte,  
el rio y su blanca espuma,  
y lejos, envuelto en bruma  
el pintoresco horizonte.

Dentro del vergel florido  
un hombre y una mujer  
que departen á placer  
el mundo dando al olvido.  
Ambos están sonrientes;  
sus manos, entrelazadas;  
amor vierten sus miradas;  
amor, sus labios ardientes.  
Quizá, quizá en el exceso  
de su purísimo amor,  
dejan sentir el rumor  
de algun dulce y casto beso.

Esos son felices, son  
los que gozan de la vida.....

Esa es la dicha cumplida  
que ofrece á V. mi pasión.

Ámeme V., yo lo imploro,  
y cesará mi martirio;  
ámeme V. con delirio,  
si con locura la adoro.

CECILIA. (Si mi duende no existiera,  
yo le decia que sí.)

FERNANDO. ¿Qué responde usted?

CECILIA. (¡Ay de mí!)

Que con placer le quisiera.....  
mas no es posible.

FERNANDO. (Con seguridad.) Por qué,  
si nos amamos los dos.

CECILIA. ¡Qué dice V!

FERNANDO. Sí, por Dios,  
que nos amamos, y usted.....

CECILIA. ¡Cómo! Parece mentira.  
Tal cosa decir ahora  
cuando otro quizá.....

- FERNANDO. Señora,  
yo creo que V. delira.
- CECILIA. No deliro. Un compromiso  
anterior mis manos ata.
- FERNANDO. ¡Cómo! ¡Pérfida é ingrata.....!
- CECILIA. ¡Caballero!
- FERNANDO. Ya es preciso  
hablar con franqueza entera.  
Soy víctima de un engaño.
- CECILIA. ¡Qué dice V!
- FERNANDO. Y es extraño  
que sea V. tan ligera.
- CECILIA. ¡V. me ofende!
- FERNANDO. Señora,  
si usted entregó el corazón  
á otro hombre, por qué razón  
darme esperanza en mal hora.  
¡Me engañó V!
- CECILIA. ¡Qué delirio!
- FERNANDO. Y lo prueba este papel:  
(*Saca uno que lee mostrándosele á Cecilia.*)  
«Duende, espíritu cruel,  
»que gozas en mi martirio....»
- CECILIA. ¡Basta, basta!
- FERNANDO. ¡V. comprende  
lo enorme de su traición?
- CECILIA. (Cómo lates, corazón.)
- PEPITA. ¡Conqué ustées el trasto, el duende?(*Rien-*  
do.)
- FERNANDO. Si; yo soy el que engañado  
en su esperanza se vé.
- CECILIA. Engañado..... pues por qué.
- FERNANDO. Luego V. me ama.
- CECILIA. Cuidado,  
eso es mucho responder.
- FERNANDO. Me mata V. con sus dudas.
- CECILIA. (Dios mío, si no me ayudas,  
no me puedo contener.)
- FERNANDO. Hable V., Cecilia mía.
- CECILIA. Le hablaré á V. con franqueza:  
recibí con extrañeza  
su carta del primer día;  
la segunda, con terror;  
con ira, la tercer carta;  
con curiosidad, la cuarta... (*Deteniéndose.*)  
(*Anhelante.*) ¡Y la quinta?
- FERNANDO. (Con efusión.) ¡Con amor!

ESCENA XIV.

CECILIA, PEPITA, FERNANDO, D. RAMON.

D. RAMON. (*Se detiene en el dintel de la puerta de su despacho.*)

(¡Un hombre con mi sobrina!  
¡Qué atrevimiento! ¡Qué escándalo!)  
(*Llamando la atención de Cecilia.*)

PEPITA.

(¡Uf! Qué cara trae tu tío.  
Buen sermón te espera.)

CECILIA.

(Es claro.)

D. RAMON.

(*Entrando.*) ¿Quién es este caballero,  
señora sobrina?

CECILIA.

(Malo.

Yo no sé qué contestar.....

Con qué ojos me mira.....)

FERNANDO.

(*Levantándose.*) (El diablo

lleve á este viejo ridículo,  
que la fiesta nos ha aguado.)

D. RAMON.

(*A Cecilia.*) ¿Te has vuelto sorda?

PEPITA.

Este jóven

es el señor D. Fernando

Mora, sobrino carnal

de D. Juan Cortés. (Si tardo

en contestar, estós necios

dan pié á algun lance pesado

con su mutismo.) Ha traído,

para dar á usted, un encargo,

una carta de su tío.

D. RAMON.

¡Ya! ¿Y no me pasan recado

cuando alguno me visita?

PEPITA.

Le diré á V., D. Fernando,

es amigo, y como supo

mi llegada, ha preguntado

por mí.....

D. RAMON.

Bien, bien, ya comprendo.

Hablemos lo que es del caso.

Con qué V., señor de Mora,

¿fué pariente muy cercano

de Juan?

FERNANDO.

Servidor de V.

D. RAMON.

¡Cuánto al pobre le he llorado! (*Llora.*)

¡Era mi amigo mas íntimo

desde hace cincuenta años!

FERNANDO.

(*Ap.*) Con fingir un gran dolor

y dos lágrimas le gano.

(*Alto.*) ¡Desgraciado tío! Ha muerto

como vivió, como un santo.

D. RAMON.

¿V. lo vió?

FERNANDO.

Si, señor.

Murió el pobre entre mis brazos.  
(*Ap.*) ¡Qué embuste! Jamás le he visto.  
(*Alto.*) A estas señoras contando  
estaba algunos detalles  
de aquel desgraciado caso.

D. RAMON.

Siga V., que me interesan. (*Se sientan.*)

FERNANDO.

El dia siete de Mayo,  
¡qué dia! por la mañana  
á las diez, le administraron.  
Luego nos quedamos solos  
y me dijo así: Fernando,  
como eres bastante rico,  
nombro mi heredero á Pablo.  
(Pablo Cortés es mi primo  
y sobrino del finado).

Cuando yo muera, remítele,  
te recomiendo este encargo,  
una carta que hallarás  
en mi cartera, y en cuanto  
la reciba, que la entregue  
á D. Ramon Ruiz Escario.  
Luego el pobre pasó el dia  
su juventud recordando,  
y la amistad que le unió  
con usted, hasta que al cabo  
de él se apoderó el delirio  
y espiró á las seis y cuarto.  
¡Infeliz! El, generoso,  
franco y desinteresado,  
nos ha dejado un vacío  
que nunca de mas lloramos.

(*Se limpia los ojos con el pañuelo.*)

Perdone V. mi emocion,

D. RAMON.

No la perdono, la alabo.

PEPITA.

V. su buen corazón

nos muestra con ese llanto.

D. RAMON.

¡Tambien yo derramo lágrimas.

Le amaba como á un hermano.

¡Era tan noble!

¡Y tan bueno!

FERNANDO.

¡Tan buen amigo!

D. RAMON.

¡Y tan franco!

FERNANDO.

¡Qué desgracia!

D. RAMON.

¡Trance horrible!

FERNANDO.

Este golpe me ha acabado.

D. RAMON.

D. Ramon, pienso una cosa.

FERNANDO.

Digala V., don Fernando.

D. RAMON.

Yo creo que para honrar

FERNANDO.

la memoria del finado

D. RAMON. hay un medio..... Pues lo apruebo  
sin discusion.

FERNANDO. Es el caso,  
que esta señorita y yo,  
para estrechar mas los lazos  
que unieron nuestras familias,  
deberiamos casarnos,  
enlace que para el tio  
siempre fué un sueño dorado.  
(Ap.) Si no es tan sandio cual dicen,  
me va á despedir á palos.  
(Alto.) ¿V. qué opina?

D. RAMON. ¿Qué opino?

CECILIA. ¡Tiemblo!

D. RAMON. Que estaba pensando  
en ese enlace.

CECILIA. (Respiro.)

PEPITA. (A Cecilia.) (Chica, albricias.)

FERNANDO. (¡Qué milagro!)

### ESCENA XV.

DICHOS y JUANA.

JUANA. D. Ramon. (Con pena.)

D. RAMON. Qué hay, bachillera.

JUANA. Que el cartero ya ha pasado...  
y me quedo sin vestido.

D. RAMON. ¡Cómo se entiende.....! Volando  
vete de aqui. (Váse Juana.)

### ESCENA XVI.

DICHOS menos JUANA.

D. RAMON. (Paseándose furioso.)

(A Fernando.) Señor mio,  
el proyecto ha fracasado.

Ya no hay nada de lo dicho.

FERNANDO. (Habrás visto otro bárbaro.)

D. RAMON. Lo de la boda acabó.

FERNANDO. (A Cecilia.) (Pardiez, qué tio más raro  
tiene usted.)

CECILIA. (Suspirando.) ¡Ay!

FERNANDO. (A Cecilia.) (Si está loco.)

PEPITA. (A Fernando y Cecilia.)

(Por hoy vale más dejarlo.)

- CECILIA. (El esperaba con ansia una carta.)
- FERNANDO. (Pues en tanto que la recibe, tampoco le entrego la que le traigo.)
- D. RAMON. (*Hablando consigo mismo.*) Señor, parece increíble.... ¡Qué tribunales, qué escándalo! Ya no hay justicia.
- FERNANDO. (¿Qué dice?)
- PEPITA. (Tendrá algun pleito entre manos.)
- CECILIA. (*A Fernando.*) (Por Dios, déle usted esa carta, sino.....)
- PEPITA. (*Id.*) (No la haga V. caso. Esa carta es un pretesto para volver.)
- D. RAMON. (*Parándose de pronto.*) D. Fernando, ¿y la carta de su tío?
- FERNANDO. Se la entregué al primo Pablo en cuanto llegué á Madrid; pero Pablo se ha marchado á Toledo, y me la dió, trasladándome el encargo.... (*Finge buscarla en los bolsillos.*) No la encuentro... Con la pena tengo el juicio trastornado y me olvidé de traerla.
- D. RAMON. ¡Caramba!
- FERNANDO. Pero la traigo sin falta mañana mismo.
- D. RAMON. ¡De dos, ninguna!
- FERNANDO. Entretanto me retiro.
- D. RAMON. Vaya V. con Dios. (Mejor con el diablo.)
- FERNANDO. Me pongo á los pies de Vds. (*A las señoras.*) D. Ramon, beso su mano. (*Fernando sale por la puerta del fondo y D. Ramon por la de su cuarto.*)

### ESCENA XVII.

CECILIA , PEPITA.

- PEPITA. Cecilia, tu pobre tío esta loco rematado, no hay duda.
- CECILIA. Que me contagie será lo peor del caso.

- PEPITA. Una demanda tan rara  
para conseguir tu mano,  
admite, pasa un minuto  
y se desdice. Lo extraño  
es que falta á su promesa  
de unirme á algun allegado  
de Cortés.
- CECILIA. Qué desdichada  
soy, Pepita.
- PEPITA. Mas ¿qué arcano  
la carta que espera encierra?
- CECILIA. Lo ignoro.
- PEPITA. Pues el tirano,  
ni aun nos ha dejado tiempo  
de saber los medios mágicos  
que emplea para escribirte  
tu Fernando.
- CECILIA. ¡Ojalá! ¡Mi Fernando...!

### ESCENA XVIII.

DICHAS, JUANA *y sucesivamente* D. RAMON *y* FERNANDO.

- JUANA. (*Gritando desahoradamente.*) ¡Señor!! ¡Señor!!
- CECILIA. }  
PEPITA. } ¿Qué ocurre?
- JUANA. ¡¡¡Señor!!!
- D. RAMON. (*Saliendo.*) Quién diablos  
escandaliza la casa.
- JUANA. Tome V. Ya me he ganado  
el traje. (*Le dá una carta.*)
- D. RAMON. ¡Gracias á Dios!
- (*D. Ramon rompe el sobre de la carta que le ha entregado Juana. Entra Fernando.*)
- FERNANDO. ¡Calle! Usted aquí, Fernando.  
Sí. Ha parecido la carta  
que se habia estraviado,  
(*D. Ramon lee rápidamente la carta que habia abierto. Entretanto dice Fernando en voz baja á Cecilia y Pepita los siguientes versos.*)  
Al cartero vi subir  
y subí tras él, pensando  
que es mejor llegar á tiempo  
que rondar sin fruto un año.
- D. RAMON. (*Toma otra carta que le ofrece Fernando y dice á Juana:*)  
Despeja ya.

JUANA. ¿Y el vestido?  
D. RAMON. Hoy mismo te lo regalo. (*Váse Juana.*)

**ESCENA XIX.**

CECILIA, PEPITA, D. RAMON, FERNANDO.

D. RAMON. (*A Cecilia.*) Cierta es tu felicidad.

CECILIA. ¡Tío mio....!

D. RAMON. Estos renglones  
me evitan esplicaciones.

CEC. PEP. FER. ¿A ver? ¿A ver?

D. RAMON.

Escuchad:

(*Lee.*) «Mi querido D. Ramon:

»el pleito ya ha terminado.

»El tribunal ha fallado

»nuestra justa apelacion:

»Cecilia está en posesion

»de su fortuna cuantiosa.

»Dé usted á esa niña hermosa

»mi enhorabuena sincera,

»y disponga como quiera

»de su abogado—Espinosa.»

(*Declama.*) Mis deseos se han cumplido,

te gané el pleito, y despues

un pariente de Cortés

te elijo para marido. (*Señalando á Fernan-*

»do.)

¡Ya soy feliz!

¡Qué alegría!

FERNANDO.

CECILIA.

PEPITA.

CECILIA.

PEPITA.

CECILIA.

FERNANDO.

CECILIA.

D. RAMON.

(*A Cecilia.*) Recibe mi enhorabuena.

¡Gracias!

Ya acabó tu pena.

Fernando.

¡Cecilia mia!

Yo, tío.....

(*Interrumpiéndola y abriendo la carta que  
le entregó Fernando.*)

Hablad mientras leo  
la carta del pobre Juan. (*Lee.*)

CECILIA.

(*A Fernando.*) Escuche V.: tengo afan

de saber quién fué el correo,

ó el duende que le sirviera

á V.....

FERNANDO.

Suprime el *usté.*

Cecilia, te esplicaré  
el misterio que te altera.

Pero á tu curiosidad

da trégua, porque antes quiero

saborear por entero

toda mi felicidad.

Quiero, Cecilia adorada,

- con ánsia aspirar tu amor  
en el ardiente fulgor  
de tu vivida mirada.  
Quiero morir en las redes  
de ese amor que me enajena,  
y si mi espíritu llena.....
- D. RAMON. Ya no se casan ustedes.  
CECILIA. ¡Dios mio, yo estoy soñando!  
FERNANDO. ¡Qué dice V!
- D. RAMON. ¿Qué? lo dicho.  
FERNANDO. Este hombre es un tigre, un bicho  
venenoso.
- CECILIA. ¿Ves, Fernando,  
cuánto mi suerte es esquiva?  
FERNANDO. ¡No habrá un rayo que le parta!  
D. RAMON. No hay que alterarse. Esta carta  
esplica mi negativa.  
CECILIA. ¡Cómo!  
FERNANDO. V. se burla.  
D. RAMON. Yo hablo  
siempre con formalidad.  
Es de Juan la voluntad  
que Cecilia se una á Pablo.  
Y qué, ¿yo he de obedecer  
los caprichos de.....
- CECILIA. Te advierto  
D. RAMON. que la voluntad de un muerto  
se cumple.  
FERNANDO. Tendrá que ver  
que un muerto pueda privar  
á un vivo de su ventura.  
CECILIA. ¡Ay! ¡Yo espiro!  
PEPITA. ¿Qué te apura?  
Tu dicha voy á labrar,  
porque hoy ese es mi destino.  
FERNANDO. ¿Cómo?  
CECILIA. ¿Qué?  
PEPITA. A una toledana  
Pablo se unirá mañana,  
conque así.....
- D. RAMON. ¡Qué desatino!  
PEPITA. Yo siempre digo verdad.  
(Menos ahora que miento.)  
D. RAMON. Pepita, ese casamiento  
es una monstruosidad.  
¡Un chico bien educado  
desobedecer á un tío  
como Juan Cortés....! Dios mio,  
no es posible. Usté ha soñado.  
CECILIA. Pues el sueño se realiza.

- Mi esposo será testigo  
de la boda de su amigo.
- D. RAMON. Tal crimen me escandaliza.  
Con Cecilia ha de casarse,  
pues que á Juan y á mi nos plugo,  
y ni en Toledo, ni en Lugo,  
ha de poder escaparse.  
Romperé, por vida mia,  
esa boda.
- PEPITA. Empresa vana.  
Si se efectúa mañana,  
¿cómo impedir la en un día?  
(A Fernando.) ¿Tal boda ignoraba usted?
- D. RAMON. Es bien extraño, Fernando.
- FERNANDO. (Ap.) Esto se va complicando.  
¿Cómo saldré de esta red?
- CECILIA. Lo ignora y es natural,  
pues Pablo oculta una boda  
que á sus padres no acomoda  
siendo, como es, desigual.  
La necesidad obliga,  
y usted, á Pablo olvidando,  
debe elegir á Fernando.  
(Ap.) ¿Qué tal manejo la intriga?
- FER. y CEC. (Id.) Bien, bien.
- D. RAMON. Entonces, amigo,  
á V. la suerte se inclina:  
es para V. mi sobrina.
- CECILIA. Pepita, serás testigo  
y causa de mi ventura.
- PEPITA. Por cierto que no me pesa.
- FERNANDO. (Ap.) Yo no fio en su promesa,  
cá. (Alto.) D. Ramon, ¿V. jura  
que cumplirá lo ofrecido?
- D. RAMON. Sí; lo juro por mi honor.
- FERNANDO. (Ap.) Voy creyéndote.

## ESCENA XX Y ÚLTIMA.

Todos.

- JUANA. (Entrando y dirigiéndose á D. Ramon.)  
Señor,  
he visto ahora un vestido  
tan bonito.... ¿V. me entiende?
- D. RAMON. Cómpralo ganando instantes. (Dándola di-  
nero.)
- FERNANDO. (A Cecilia.) ¿No me preguntabas antes  
por el misterio del duende?

- CECILIA. Si.  
FERNANDO. *(A Juana, que se va á marchar.)*  
Trae mi llave. Aun no partas.  
*(Juana entrega á Fernando una llave, y este á su vez se la dá á Cecilia, que la examina; saca otra del bolsillo y las compara, dirigiéndose luego á Fernando con mezcla de asombro y de indignacion.)*  
CECILIA. ¿A ver...? ¡Calle! Estas dos llaves son de mi cuarto.  
PEPITA. Ya sabes  
quién fué el duende de las cartas.  
CECILIA. *(A Fernando.)* Mucho fué tu atrevimiento.  
FERNANDO. Perdóname.  
CECILIA. Te perdono.  
FERNANDO. *(A Juana, dándole la cantidad que dice.)*  
La onza pactada te abono.  
Sal de esta casa al momento.  
JUANA. ¿Me despide V?  
FERNANDO. Sí, niña,  
porque me caso. ¿lo entiendes?  
y no quiero en casa duendes:  
el miedo guarda la viña.

FIN.

---

NOTA. Página 12, última línea, falta cerrar la interrogacion.

Id. 27, id. 41, dice «con placer le quisiera,» debe decir: «complacerle quisiera.»

The first part of the book is devoted to a general  
 introduction of the subject, and to a description of the  
 various methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The second part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 planets, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The third part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 comets, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The fourth part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 moons, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The fifth part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 stars, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory.

VIII

The first part of the book is devoted to a general  
 introduction of the subject, and to a description of the  
 various methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The second part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 planets, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The third part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 comets, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The fourth part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 moons, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory. The fifth part is devoted to a detailed  
 treatment of the theory of the motion of the  
 stars, and to a discussion of the various  
 methods which have been employed for the  
 purpose of determining the true value of the  
 constants which enter into the equations of the  
 theory.





